

Dos palabras...



- ¡*No puede ser...!* ¡*No puede ser...!* - repite y repite, mientras contempla asombrada el resultado del corto y breve análisis.

En el blanco papel, la impresora había dejado escrito POSITIVO, como si fuese una sentencia amarga.

Afuera, el mundo a pedazos se caía. Adentro, la vida peleaba por nacer. Cada uno hacía lo que le hacía más falta. ¿Para quien será este hijo...? A lo mejor este hijo faltaría en el mundo, si acaso algún día le faltase... ¿Por qué no? - *No se si este hijo algún día será importante para otros, pero hoy lo necesito para mi, pues es a mi, que me hace falta...* - Son muchas esas restas que al final, solo suman y suman, y sin saber por que. Y Virginia se sonrió, pues ser madre soltera no siempre se sufre desde el vamos... A veces la vida es más inteligente que uno mismo.

Se quedó callada y a nadie le contó, de esos vericuetos claroscuros de su vida. Nada de nada. ¿Con quien podría compartir semejante noticia de una vida por nacer, que nace mientras que a otra vida se la están arrancando de su vida? Desafiar al silencio, desde ese conocimiento de si misma, que es tan profundo y que tanto se valora en una mujer, librada a la suerte de si misma. Llevar las anclas de la nao de nuestra imaginación, para navegar en ese inmenso misterio de nosotros mismos. En el silencio perderse, para encontrarse con si mismo. En el Azul de truenos, que brama furibundo en su color, igual latía el dolor de ser todo tan fugaz y pasajero. En el silencio, muchas veces, brota y brota la vida y da más vida. ¿Quien mejor amigo de una misma, que una misma?

Se sentó al lado de la ventana somnolienta, en la confitería casi desierta, del hospital que recién comenzaba a caminar el día. La luz natural se filtraba entre los rayos que danzaban casi inmóviles, entre las enredaderas y palmeras del jardín. La muerte espiaba agazapada, solitaria, como si no estuviese convencida de si misma. La vida se paseaba con una esfera luminosa entre sus manos, vagando en la penumbra, vestida en el blanco de los blancos. La madre de Virginia, esperaba y esperaba, internada en cirugía. Cáncer. Cáncer que dejó de ser un miedo por venir y se transformó, de la noche a la mañana, en dolores, en nauseas y en esa misma muerte que ahora la miraba en la cara...

Madre, en una cama de hospital, que pronto partirá hacia el olvido eterno. Pero en otro lado, la promesa de una nueva vida, en sus entrañas, que viene a molestar el tranquilo devenir, con sus emociones de nueva vida que se abre. Donde todo parece terminarse, la vida siempre se empeña en salirse con la suya. Imágenes oníricas, sonidos que reverberan en sus ecos, magia que deslumbra, ilusiones que la envuelven a Virginia con esas músicas que solo se sienten con el alma. Tierra inhóspita y sin vida, desolada y árida, entre amaneceres, atardeceres y noches que bailan, bailan y más bailan, persiguiendo los acordes de susurros olvidados en el tiempo y refrescándose en cascadas de aguas, que siempre son pasado y futuro, hechos un presente eterno. Muerte y vida que amenazan... Vida y muerte,

inevitables.

Madre de Virginia. Hijo de Virginia. Una vida que se va y otra, que ya viene. Sin principio y sin final, todo se sucede, una y otra vez, sin interrupciones, aunque a veces se termina antes de empezar y el sinfín, acaba entre las nadas solitarias y vacías. Puerta grande que se abre al mundo de los infinitos más lejanos. Sueño de ser soñado entre los sueños de los sueños.

Virginia trabaja y trabaja desde hace mucho tiempo, pero con su sueldo no llega a fin de mes. Virginia es enfermera y sabe de dolores, privaciones y del amargo sabor de la injusticia. Caminando entre los grises de la vida, sin demasiados sueños ni esperanzas, donde solo se sabe de trabajar y trabajar, haciéndola una burda cosa a la persona que trabaja, un simple objeto, disfrazando la pasión por esta vida de labores, con las eternas búsquedas del no pensar. Mientras, el humo subía ensortijado en volteretas lentas, desde su blanca taza de café negro. La vida le quitaba por un lado y le daba por el otro... Como siempre. Como a todos...

A cada rato le parecía escuchar la voz de caramelo ácido de su madre tan enferma, como en aquellas mañanas de muchos inviernos ya pasados, al despertarla antes de la escuela tan odiosa. Un perfume de colonia que le evocaba mil recuerdos... Un baño de música mezclada, que le organizaba y daba vida a la creación de lo que fue ella alguna vez. Sentir el perfume de una rosa, mientras una melodía nos embriaga el corazón, es un placer sencillo que sin embargo, pocas veces se nos da. Y en la Terapia Intensiva, terminaron recostando a los huesos de la madre de Virginia, luego de una extensa y difícil cirugía.

Desear que viva el que se muere, desear que muera aquel que tiene que vivir... - *Esos, son los horrendos pensamientos que todos tienen en sus mentes... seguro, que nunca a mi me entenderían* - se repetía Virginia, justificando su negativa de contarle a cualquiera, sus pesares más profundos. Y bebía en silencio, su negro café y su dolor, más negro aun. Los pensamientos del dolor son a veces una fiera ingobernable, que nos ruge y mutila por adentro. Violenta intromisión que se sufre, a pesar de las mejores intenciones... Pero es la culpa de sentirse dando vida, lo que hace que una mujer embarazada sufra, cuando su madre esta muriendo al mismo tiempo. Culpa, depresión y sentir la vida dentro de ella... que la llenan y llenan de más culpa y depresión. Fantasías perversas, que retuercen emociones y estrujan corazones.

- *Era un cáncer de páncreas. Si, se confirmó el diagnóstico, Virginia. Pero era muy pequeño y lo pudimos reseca...* No había ninguna metástasis - el cirujano le habla y habla, convencido hasta los huesos, del buen pronóstico que iba a tener la enferma madre. Pero la realidad no quiso escucharlo al cirujano y pasaron las horas y los días, y la enferma estaba cada día, un poco peor... un poco peor... un poco peor. La cicatriz no terminaba de curarse, perdía peso en un consumirse lento y sin final, los ojos hundidos que hasta parecían mirar desde más allá del todo, y los enflaquecidos huesos, que se asomaban tenebrosos por debajo de la piel, hecha un barniz muy fino - *Si por lo menos lográramos que coma... todo sería diferente* - se rascaba la cabeza el cirujano, mientras pedía que la vieran la psicóloga y el psiquiatra, que al final, también demostraron su impotencia.

Inmóvil y sin tiempo, adelgazada en su alma y en el cuerpo, consumida en el último tramo

de una luz que ya se apaga, recostada boca arriba y con la mirada fija en algo que se ubicaba mucho más allá del techo... solo era cuestión de esperarla un poco más... tan solo un poco más. - *Se esta dejando morir* – repetía frustrado el cirujano, luego de examinar los resultados de más y más estudios. Parecía que ya nada, podría revertir aquel final de su final eterno... Ella lo esperaba.

Dicen que dicen, que el cirujano terminó aceptando su fracaso... Dicen que dicen, que unos días más tarde pasó por la cama de la madre de Virginia, para saber si aun vivía... Dicen que dicen, que sus ojos de experto cirujano, no podían creer lo que veían. La enferma se había sentado en su cama, como desafiando a la misma gravedad terrestre, y luego se había peinado y alisado sus cabellos de grises y de blancos, que ahora lucían muy sedosos. También se había maquillado hasta exorcizar la palidez, y pintado sus uñas de un color rojo muy rabioso, como para arañarle retazos a la vida.

El rostro de esa enferma lucía una sonrisa satisfecha, mientras devoraba la más saludable que agradable, ración alimentaria. Luego le alzó ella su mirada y fue también ella, quien lo saludó con un gesto de alegría contagiosa, al desconcertado galeno. La mente de cirujano y de científico, se le llenó de preguntas, de incógnitas, de celos, de dudas, de miedos, de sospechas, de angustias y de muchas, muchas más preguntas...

Tragó saliva y preguntó entonces el desorientado cirujano, que quien había sido el orador tan brillante, capaz de hacer sonreír a un jefe de familia que ha perdido su trabajo. Quien, el que había superado al mismo Sermón de la Montana, tornándolo creyente al más ateo. Quien, el que había reunido en un discurso las arengas más estimulantes, capaz de hacerlo enfrentar a un soldado, contra diez de sus peores adversarios. Quien, el que había prescripto una terapia tan fantástica, propia de Hipócrates o de Galeno...

- *No, doctor. No hubo discursos. Fueron tan solo dos palabras...* - le replicó Virginia, con una sonrisa dulce, de caramelo olvidado en un bolsillo de niño, que trasuntaba alivio, paz, relajación... Paz en el rostro, en el alma, luego de haber pasado por una tumultuosa tormenta en un océano revuelto.
- *¡¿Dos palabras...?! ¡¿Cuáles fueron?!-* imploró la respuesta el cirujano, preparando sus oídos, abriendo sus ojos, ansioso por recibir ese secreto oculto al común de los mortales, que le parecía robado del mismo tesoro del Olimpo de los dioses - *¡¿Cuáles...?! ¡¿Cuáles...?!*
- *¡Estoy embarazada...!*

Dicen que dicen que dicen, que el cirujano nunca la entendió a esa pueril explicación... Una respuesta, demasiado simple... Yo, hasta creo que nunca la creyó. Y, si, es cierto. ¿Quién puede entender esa oscura explicación del origen del universo, de la vida... basada en que todo comenzó, cuando hubo algo que requirió energía? ¿Quién puede entender que una abuela, una madre dos veces, se sienta revivir cuando percibe que hay alguien que la necesita...? ¿Quién puede entender que la vida es dadora de vida? ¿Quién puede entender que la vida, contagia aún más su vida...?

Pocos. Muy pocos... pero igual... ¡Viva la Vida!

... Fin...